

EL ILUSTRE HUESPED

SOLICO EN EL MUNDO

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-943706-3-2

© 2015 Paradimage Soluciones

INDICE

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL	4
EL ILUSTRE HUESPED	5
REPARTO	6
PRÓLOGO	7
CUADRO PRIMERO.....	14
CUADRO SEGUNDO	22
CUADRO TERCERO	41
CUADRO CUARTO	43
EPILOGO.....	54
SOLICO EN EL MUNDO.....	68
PERSONAJES.....	69
ACTO PRIMERO.....	70

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Los hermanos **Serafín y Joaquín Álvarez Quintero**, nacidos en Sevilla (1871 y 1873 respectivamente), fueron unos destacados comediógrafos y dramaturgos españoles del siglo XIX. A pesar de que sus comedias eran apreciadas por la mayoría de su público fueron criticadas como piezas de poco valor literario (*Amores o Amoríos*, 1908 o *Malvaloca*, 1912).

En este volumen presentamos dos obras cortas, divertidas y costumbristas. **El Ilustre Huesped** narra el infierno en que los anfitriones convierten la visita de Don Victor a Guadalema... por exceso de celo. Fue estrenada en el Teatro Cervantes, de Madrid, el 1 de mayo de 1915.

Solíco en el mundo es un entremés muy breve, estrenado el 5 de marzo de 1911 en el Teatro de Apolo e interpretada por María Palón y José Moncayo.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en
www.paradimage.com

EL ILUSTRE HUESPED

HUMORADA SATIRICA

en cuatro cuadros, prólogo y epílogo

A Eduardo Narbona

Testigo de ciertos inolvidables episodios que acaso un día inspiraron esta humorada, en recuerdo de aquellas horas.

REPARTO

La Condesa del Aro	Josefina Roca
Aurelita	Josefina Segura
Raquel Fernandez (Sintética).....	Irene Alba
La Generala	Rosario Toscano
Don Victor Campeón	Ricardo Simó-Raso
Julito Luna	Fernando Aguirre
El Conde del Aro	Ignacio Meseguer
Un fotógrafo	Nicolás Perchicot
Berraquero.....	Francisco Molinero
PAULINO DONCEL	Agustín del Valle
BIDASOA	Jenaro Guillot
PEON Y COLORAO	Manuel Caba
UN OBRERO	Pablo Hidalgo
PRESIDENTE DEL ATENEO	Cástor Sapela
EL GOBERNADOR	Manuel Caba
EL ALCALDE	Jenaro Guillot
UN CRIADO	Gonzalo Vico
FONSECA.....	Gonzalo Vico

Señoritas de Guadalema, profesores de orquesta, orfeonistas,
guitarristas, bandurristas, obreros, comensales y camareros

PRÓLOGO

Escenario del teatro de Guadalema el día de la fiesta de los Juegos Florales celebrados en la culta ciudad castellana en el mes de Abril.

Al foro, y en caprichoso trono que destaca sobre plantas flores, resplandece Reina de la fiesta,

AURELITA DEL ARO, hija de los Condes del Aro. A uno otro lado de ella las señoritas de la localidad que forman su corte de amor. La Reina, linda y elegante, luce rica diadema manto finísimo; las damas de corte tocadas de blanca mantilla. A derecha e izquierda, sentados frente a frente en ricos sillones enviados por la Diputación provincial, EL GOBERNADOR, EL ALCALDE, EL PRESIDENTE DEL ATENEO, PAULINO, DONCEL (El poeta premiado con la flor natural) y JULITO LUNA, secretario de VÍCTOR CAMPEÓN, ilustre mantenedor de la fiesta.

Éste, que ha dejado su sillón hace cerca de una hora, la cual lleva hablando, aparece en el primer término, de frente al público, y junto a una coquetona mesita, sobre la que, en bandeja de plata dos o tres vasos de agua con azucarillos.

Es hombre maduro y de palabra fácil. Demasiado fácil, tal vez. Halla en ese crítico momento con los oradores que tratan de encontrar un párrafo que ponga brillante remate a su oración, y todos se les figuran pálidos.

Don Víctor. *Vaya concluir. (Bebe un sorbo de agua y se lleva el pañuelo a la boca.) Vaya concluir. Esta promesa repetida parece tranquilizar y animar a algunos señores del estrado, que ya desean respirar el aire de la*

calle. Y vaya concluir, señoras y señores, porque harta ha sido vuestra paciencia... *(Hace una hábil pausa, esperando que le digan '¡No! ¡No!' pero nadie rechista. Vista de lo cual continúa tan tranquilo.)* Harta ha sido vuestra tolerancia, harta ha sido vuestra banda. Por escuchar por tanto tiempo mi humilde palabra, mi palabra vulgar y descolorida, que no tiene otro mérito que aquel que estribe en la espontaneidad con que de mi pecho sube a mis labios, bien así... bien así como el agua que rompe la roca para brillar irisada en la superficie... *(El Presidente del Ateneo, que le envidia la facilidad abundancia no puede reprimir un « ¡Bravo! »Seco. Campeón mira con gratitud.)*

Presidente. ¡Bravo!

Don Víctor. Y no os canso *(Bebe otra vez.)* No os canso más. Pero debo confesaros, finalmente, que al acceder al amable ruego de las cultísimas personalidades de Guadalema que me han traído este puesto de honor, accedí, no ya por cuanto lisonjeaba mi amor propio, no por cuanto hablaba a mi deber de conciudadano, sino muy principalmente porque se me llamaba a unos Juegos Florales, a una fiesta de Patria, Fe y Amor; y Patria, y Amor son palabras en que se vinculan mis sentimientos todos, y Patria, Fe Amor hallan en esta vuestra adorable ciudad, rincón vetusto de nuestra nación española, la expresión más suprema de elocuente significado: Guadalema, tierra de héroes: ¡Patria! Guadalema, tierra de santos: ¡Fe! Guadalema, tierra de mujeres hermosas: ¡Amor! *(Hay quien rompe en aplausos creyendo que ha llegado el punto pero se lleva un chasco tremendo.)* Nos de su oración por otros melifluos y Amor he dicho... ¿Cómo pronunciar esta palabra inquietadora sin dirigir de nuevo mis miradas hacia ese trono deslumbrante; sin fijar mis ojos-hidrónicos en este caso, como los de Segismundo-en ese espléndido luminar que nos preside; sin inclinar mi espíritu hasta ponerlo de rodillas permitidme la audacia de la frase en gracia a sinceridad que la informa-ante quien es

ahora más bien que reina de una fiesta, diosa del amor de la belleza juntamente? (*Julito aplaude solo y mira a la Reina, llamando la atención de todos*). De la belleza he dicho... Séame lícito, señora y reina mía, y perdonad si lastimo vuestra modestia o despierto vuestro rubor, ampliar, completándolo, mi concepto de la belleza al contemplar la que encarnáis... Y con ello termino... (*Ahora nadie lo cree*). O es sólo vuestra belleza, señora, por dicha de cuantos os aman, no es sólo vuestra belleza, repito, azucena en frente, rosas en las mejillas, claveles en los labios, jazmines en el cuello, nardos en el... nardos en la... en el... jazmines en el cuello...

Presidente. (*Al Alcalde, como antes*). Es un poeta, es un poeta...

Don Víctor. No sólo sois bella, señora, porque tenéis vuestros ojos la noche y el día y peináis por cabellos rayos del sol... No sólo sois bella porque al andar parecéis paloma que agita sus alas... ni porque vuestro talle es airosa espiga que mece el viento... No: no sois bella por eso sólo... Sois bella también, porque en la noche y el día de vuestros ojos resplandece luz de la bondad; porque tenéis en vuestro seno de perfumados nardos -nardos he dicho-manantial perenne de ternura infinita; porque la virtud se enamoró de vuestra persona y la eligió como alcázar en que había de vivir... (*Éste, que no vacilamos en llamar 'latiguillo', es acogido con un rumor de admiración que se resuelve en palmas atronadoras. Ocioso es decir que las primeras son del Presidente del Ateneo. Las damas de la corte de amor miran complacidas a la Reina. Que sonrío. Don Víctor, realmente esponjado, aguarda a que pase aquello para continuar.*)

Julito. (*Al Presidente*). ¿Verdad que es un poeta?

Presidente. Eso le decía yo al señor alcalde.

Don Víctor. ¿Qué he de deseáros yo, reina y señora? ¿Qué he de desear? sea la expresión de mi deseo, tén de mis palabras de vuestra impaciencia. Unido a vuestro insigne padre, el excelentísimo señor conde del Aro, hijo predilecto de Guadalema y bondadoso huésped mío a la sazón, unido a vuestro insigne padre, repito... *(Repite y torna de improviso al tono grandilocuente de trueno, que luego baraja a discreción con el melifluo.)* Por algo que es algo más que afecto amistoso y que cordial compañerismo, puesto que es comunión de ideales, ¿qué he de desear yo, reina mía? ¿Qué he de desear, vuelvo a preguntaros? Ojalá que arroyuelo cristalino y terso en que hoy se copia vuestra imagen bellísima, refleje siempre las pintadas florecillas de sus márgenes, el pajarillo trinador que lo cruza, las estrellas del alto cielo, y jamás, jamás la nube de tormenta, el cárdeno resplandor del relámpago, el zigzag del rayo temeroso... y el... el *(murmura algo que no se le entiende es el primer latiguillo, que le falla. El abuso tiene sus quiebras.)* Por último, señoras y señores: no quiero dejar esta tribuna honrosa, esta tribuna adonde me trajeron todos los afectos de bondad que encierra el alma humana reunidos para convencerme y halagarme, sin protestar una vez más de lo inmerecido del honor que se me ha dispensado, pero sin declararos mismo tiempo que si aceptáis en pago y por moneda mi gratitud, yo acaso me sienta satisfecho tranquilo: porque mi gratitud es tan inmensa, tan inagotable para que vosotros, que dispensad la ambición de los símiles puesto que nacen de la efusión más legítima si queréis que mi gratitud sean flores contad los huertos de Valencia y de Murcia y con los cármenes granadinos, y con las azoteas los jardines de Sevilla; si queréis que sea agua contad con el caudal todos los ríos que a morir en los mares, y contad con los mares también; y si queréis que sea luz, rontad con un sol a cuyo lado sería pálida antorcha el que alumbraba el mundo... Guadalema: para ti, de hoy más, mi corazón curtido en las luchas

humanas, mi pobre inteligencia, y mi voluntad siempre firme para ayudarte en las nobles empresas de tu progreso material, moral e ideal. He dicho. *(Aplausos calurosos todo el estrado. Sudando como un pollo a sentarse al sillón vacío, no sin mirar en el reloj de pulsera el tiempo que ha hablado. Vecinos de sillón le estrechan las manos lo abrazan con frases de felicitación entusiástica. « ¡Bravo! » ¡Admirable! » ¡Hermosa oración! » « ¡De poeta! » « ¡De artista! » « ¡Es usted un poeta! » « ¡Precioso! » « ¡Quedará memoria! » , él holgadoísimo, da las gracias todos con aire modesto. «Gracias... Mil gracias... Muy amables... ¡Oh!... ¡Oh!.. » Una orquesta oculta en el fondo principia a ejecutar suavemente una pieza de música clásica. El Presidente del Ateneo invita a Don Víctor a dejar el estrado.)*

Presidente. El acto ha concluido, señor Campeón. ¿Tiene usted la bondad de ofrecer su brazo a la reina?

Don Víctor. Con mil amores. *(En pasillo de butacas surge de improviso un FOTÓGRAFO con ayudante todos les bártulos de rigor, dispuesto a retratar la escena. Dirige en voz alta los señores del estrado y todo el mundo se pone a su disposición satisfecho.)*

Fotógrafo. ¡Un momento, señores!

Presidente. ¿Eh?

Fotógrafo. Un momento. Quisiera hacer una fotografía del estrado durante el discurso del señor Campeón.

Don Víctor. ¡Ah, sí!

Gobernador. ¡La contribución del magnesio!

Alcalde. ¡La inevitable fotografía!

Fotógrafo. ¡Hay que pasar por ella! Si fueran tan amables...

Presidente. ¡Ya lo creo! Encantados.

Fotógrafo. Un momentito nada más. Todos los señores colocados tal cual estaban durante la fiesta, y el señor Campeón dirigiéndole la palabra al público.

Don Víctor. Sí, señor, sí.

Fotógrafo. Dispéñeme.

Don Víctor. No hay de qué.

Fotógrafo. Un millón de gracias.

Doncel. ¿Para qué periódico es?

Fotógrafo. ¡Para todos! *(Cada uno en su puesto adopta la posturita que cree que más favorece, previo disimulado retoque compostura la persona. Don Víctor se junta a la mesita de marras prueba una actitud oratoria.*

Don Víctor. ¿Así?

Fotógrafo. Más alto el brazo. Si me hiciera usted el favor...

Don Víctor. ¿Así?

Fotógrafo. Perfectamente. Resulta un cuadro muy bonito. No se mueva nadie. Daremos un poquito de exposición para evitar el fagonazo. ¡Quietos ahora! ¡Quietos! Descubre el objetivo de la máquina. *(Nadie pestañea. Pausa. Julito ha fijado su más tierna mirada en la Reina y parece un borrego a medio morir. Campeón, que tiene la boca abierta expuesto a que le entre una mosca, fijos los ojos, el brazo derecho muy en alto, se cansa y bizquea. La exposición dura lo que conviene seriedad y a la quietud de todos. Quien aguanta a duras penas la risa, quien se tambalea quien, en cambio, parece una figura de cera. Cuando está*

próximo un vahído el mantenedor, el Fotógrafo, cubriendo el objetivo, exclama de repente): ya está. Muchas gracias.

Don Víctor. ¿Me he movido?

Fotógrafo. No, señor. Muchas gracias a todos. *(Y se retira con cuanto le acompaña. En el escenario respiran todos con desahogo y comentan el lance. « ¡Ay, no podía más! » « ¡Yo he salido aguantando la risa! » « ¡A mí empezó a picarme la nariz! » « ¡Ay, gracias a Dios! »« ¡Qué Angustia! »«Un minuto más me da un desmayo... » Don Víctor va a ofrecerle el brazo a la Reina y cada caballero a una dama.)*

FIN DEL PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

Galería cerrada de cristales, contigua al comedor y el jardín de la casa del Conde del Aro, en Guadalema... Es de noche. Espléndido alumbrado.

EL CONDE DEL ARO, LA CONDESA, su hija AURELITA y JULITO LUNA, forman un grupo a izquierda del actor. Las damas visten trajes elegantes y vaporosos, los caballeros de frae. Frente a ellos, armado de todas armas, aparece el FOTÓGRAFO que ya conocemos, en el momento de obtener un nuevo retrato.

Fotógrafo. ¡Quietos un instante! ¡Quietos! *(Pausa. Se repite el cuadro de los Juegos Florales, solo que la actitud de Don Víctor es muy otra. En tres días que lleva en Guadalema se le han acentuado las arrugas.)* Ya está, muchas gracias.

Condesa. No las merece, señor mío.

Don Víctor. ¡Estos tiranuelos de la prensa gráfica!...

Fotógrafo. ¡Je! ¿Y mañana, qué haremos? ¿Van por fin al criadero truchas? *(Todas las miradas se fijan en don Víctor, como consultándole. Nuestro hombre no ha querido oír la pregunta.)*

Conde. Creo que excursión quedará para pasado mañana. Ya le avisaré a usted.

Fotógrafo. Agradecidísimo, señor **Conde.** Siempre tan bondadoso...

Conde. Y tan obligado. Todo artista que entra en mi casa viene a honrarla.

Fotógrafo. Agradecidísimo. La honra es para mí.

Conde. Compartámosla como buenos amigos. La fotografía es un arte maravilloso.

Don Víctor. ¡Oh, la fotografía! Yo soy un entusiasta de la prensa gráfica. Ella legará a nuestros hijos, sin las mixtificaciones de la amistad o de la pasión, la verdadera historia nuestra. Podrá discutirse, andando el tiempo, si la noticia impresa fue falsa o no; pero no se podrá dudar jamás de lo que retrató la fotografía. La primera piedra de un edificio, la conferencia de Ateneo, la manifestación popular... etc., etc.

Conde. Indiscutible, indiscutible...

Condesa. Para iodo tiene este Campeón su penacho...

Don Víctor. ¡Señora!...

Fotógrafo. ¿Me mandan algo más?

Don Víctor. Yo no; gracias.

Julito. Yo sí. Yo, que cuide usted de que salga parecida Aurelita.

Aurelita. Pues, mire usted, siempre salgo mal.

Julito. Pues por eso...

Don Víctor. ¡Diablo de secretario!...

Fotógrafo. Con permiso de ustedes... No se moleste, señor Conde...

Conde. ¡Por Dios!

Fotógrafo. Buenas noches, señoras. A los pies de ustedes.

Condesa. Adiós, buenas noches.

Aurelita. Adiós.

Don Víctor. Adiós. *(Por la derecha se retiran el Fotógrafo y su ayudante, acompañados por el Conde.)*

Julito. Veintitrés retratos llevo ya en Guadalema, y en todos ellos estoy contemplándola a usted.

Aurelita. A ver si cuando se publiquen le riñen a usted en Madrid.

Julito. ¿A mí? ¿Quién?

Aurelita. Eso usted lo sabrá.

Julito. Yo lo único que sé por ahora es que todavía no he conseguido que me dé usted su álbum.

Aurelita. Venga usted por él ahora mismo.

Julito. ¿De veras? Me hace usted el más feliz de los hombres.

Aurelita. Mamá

Condesa. ¿Qué quieres, reina mía?

Aurelita. Voy a hacer a Julito el más feliz de los hombres.

Condesa. ¿Cómo?

Aurelita. Sí; porque dice que como le dé mi álbum lo será, y voy a dárselo con tu permiso

Condesa. ¡Ah, ya!...

Julito. Tiene usted una hija encantadora.

Don Víctor. Pues eso hay que demostrarlo en el álbum, poetilla de los madrigales.

Julito. Usted que me conoce, jefe, sabe bien que, por desgracia mía, mi pluma es de ave, pero no precisamente de alondra ni de ruiseñor. De

jilguero, y gracias. (*Ríen todos.*) Para cantar a esta belleza sería menester que se distancia todas las musas de todos los poetas que han nacido y cada una dijera una palabra.

Aurelita. ¡Jesús!

Don Víctor. Tal vez sea eso lo que debas escribirle en el álbum, versificándolo con galanura.

Julito. Es poco.

Aurelita. Ande usted, cortesano. Déjese de mentiras ya, **Julito.** Cortesano y todo, Aurelita, de la verdad vivo.

Aurelita. Sígame, sígame.

Julito. ¡Oh! ¡Placer de dioses es el obedecer tales mandatos! (*Vase por la derecha siguiendo a Aurelita. La Condesa y Campeón ríen bondadosamente.*)

Condesa. ¡Qué simpático es su secretario de usted!

Don Víctor. Mucho. Y excelente persona. Y listo, listo. Tiene porvenir. Ahora, que se me enamora de reina de la fiesta de todos los Juegos Florales que mantengo.

Condesa. ¡Ja, ja, ja: la llama de la juventud...

Don Víctor. Sí, señora; la llama, llama...

Condesa. Diga usted, Campeón...

Don Víctor. Condesa...

Condesa. ¿Qué tal ha dormido usted la noche pasada?

Don Víctor. Admirablemente.

Condesa. ¿No ha sentido usted fresco?

Don Víctor. Ni fresco ni calor. La cama que aquí se me ha dispuesto, señora, parece una barca de ninfas.

Condesa. ¡Una barca de ninfas, dice!... Ya sé yo de dónde le viene la poesía al secretario.

Don Víctor. ¡Oh!...

Condesa. Le preguntaba eso porque en todo caso se le podría poner un edredón de plumas...

Don Víctor. Estimo la atención pero no me hace falta...

Condesa. Lo que quiero es que sea usted franco con nosotros; que de nada carezca en mi casa; que nos trate usted familiarmente; que pida cuanto se le ocurra...

Don Víctor ¡Señora, si el verbo pedir está sustituido por el de recibir en este palacio!... ¡Si estoy viviendo un cuento de hadas!... ¡Si aún no he deseado una cosa, si aún no la he pensado, y ya viene una mano de rosa a ofrecérmela!...

Condesa. Queremos hacerle lo más grata posible su estancia aquí. ¿Usted sabe lo que le ha agradecido mi Aurelio que nos honre aceptando esta hospitalidad?

Don Víctor. Calle usted, calle usted...

Condesa. Crea, Campeón, que los goces del hogar, que en esta casa son, por así decirlo, de hoja perenne, nada complace tanto al conde como sentar a su mesa y ofrecer un lecho a los hombres ilustres de su país, ya sean del campo de la política, como usted, ya del campo de las bellas artes o de la ciencia...

Don Víctor. Condesa, esas complacencias no las saben sentir sino los verdaderos próceres, dejando a un lado la modestia de mi persona.

Condesa. Óigame, don Víctor: el azucarillo de mesa de noche, ¿cómo lo prefiere: de limón, de rosa o de naranja?

Don Víctor. Carezco de preferencias en punto a azucarillos, póngame usted el azucarillo a su gusto.

Condesa. De limón, entonces.

Don Víctor. Desde ahora prefiero los de limón. *(Tras un hipo que delata una persistente pirosis que se hablará más adelante agrega):* para que vea usted que no ando con cumplidos....

Condesa. Diga.

Don Víctor. Me atrevo a rogarle que con el vaso de agua el azucarillo me pongan un sifón.

Condesa. Ya está allí.

Don Víctor. ¿Usted ve lo que le decía? En esta casa hay adivinadores del pensamiento.

Condesa. Milagros del deseo de agradar. ¿Volvemos a la sala?

Don Víctor. ¿Se enojará usted si le ruego que me dispense?

Condesa. ¡De ninguna manera!

Don Víctor. Necesito retirarme a mi cuarto... Voy a ver si ordeno unos apuntes para la conferencia de mañana.

Condesa. ¿En el Círculo de la Amistad?

Don Víctor. Exacto.

Condesa. Pues, nada, a ello, a ello. Con absoluta confianza. Buenas noches... y hasta mañana si Dios quiere.

Don Víctor. Adiós, señora. Si la gratitud quitase el sueño yo pasaría las noches en vela.

Condesa. ¡Qué amable! Quedamos en que de limón, ¿no es verdad?

Don Víctor. De limón

Condesa. Ahora irá mi marido a ponerse a sus órdenes.

Don Víctor. ¡Que no se moleste!

Condesa. Aunque se molestara lo haría. Que usted descanse, Campeón.

Don Víctor. Igualmente, Condesa.

Condesa. Buenas noches. *(Retírase por la derecha radiante de felicidad. Campeón da un suspiro elocuentísimo y se va por izquierda. A poco vuelve por la derecha JULITO hojeando el álbum de la actual dama de pensamientos.)*

Julito. ¡Bah! ¡Qué lástima de álbum! No tiene más que vulgaridades y tonterías. Lo encabeza un canónigo... ¡No puede ser! Yo le pondré un soneto en la última hoja, para cerrarlo con llave de oro. *(Improvisando)*

De la tarde el celaje más brillante...

Por aquí, por aquí...

De noche el lucero luciente...

Por aquí...

De los campos la espiga más ardiente...

Ardiente, no; pero por aquí, por aquí...